





Título de la obra:
A la espera
Autor:
David Londoño Mesa

Técnica:
Mixta
Año:
2021



* DR. CARLOS
DÍAZ HERNÁNDEZ
diazfilosofo@gmail.com

NOSOTROS, PSICO/SOCIÓPATAS



.....
* *Presidente fundador de la Fundación Emmanuel Mounier en España, México, Paraguay, Colombia y Argentina. Doctor en Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid con Premio Extraordinario (1969); Licenciado en Derecho con Premio Extraordinario (1971); Licenciado en Altos Estudios Constitucionales con Premio Extraordinario (Instituto Superior de Estudios Constitucionales, Madrid, 1974).*

Resumen



En el presente artículo analizamos las psicopatías, entendidas como alteraciones de la personalidad individual caracterizadas por el narcisismo, la impulsividad, el control, el deseo irrefrenable del poder, y la manipulación, trastorno que cuando se extiende y repercute socialmente pasa a denominarse sociopatía. Ambos fenómenos no arraigan en dos matrices diferentes, sino en una misma (esquizo/sociopatía), dado el carácter a la vez individual y social de las realidades personales. Estas situaciones hunden sus raíces en el vacío axiológico y en problemáticas familiares, con lo cual son expresión de la defundamentación que ha precipitado al hombre en una crisis de sentido y, por lo tanto, en el absurdo. En el fondo psicopatías y sociopatías son gritos desesperados que reclaman profetas que denuncien todo atentado contra el hombre sin edulcoramientos y poetas que nos salven de la banalidad y nos ayuden a levantar la vista para poder ver un mañana en libertad.

Palabras clave

Persona, psicopatía, sociopatía, empatía, sentido, libertad.

I. La psiquiatría y la psicología tienen un poder mental del que abusan: el poder de definir lo sano y lo insano

Esa potestad suele convertir en gurús dotados de poderes mágicos y de revelaciones nouménicas supraconvencionales a los profesionales encargados de sanar mentalmente a sus pacientes. En este escrito analizamos autocríticamente esta situación y, para ello, nos centramos en el caso de las psicopatías y de las sociopatías. Con ello no deseamos situarnos en el ámbito de la antipsiquiatría, sino en el de la seriedad especulativa, de la cual se encuentra tan falto y tan carente de fundamentos ese ámbito profesional.

1. *Psicópata es quien llama psicópata a otro sin darse cuenta de su propia psicopatía.* Si el desprecio por las normas y los derechos ajenos; si el engañar, el herir y el manipular forman parte importante de las mentalidades psicopáticas, ¿quién se atrevería a llamar psicópata a otro en nuestras sociedades? Sin embargo, se hace con pasmosa impunidad.
2. *No hay padecimiento mental individual que no lo sea también social.* Esta afirmación escuece a quien sólo se interesa por su propio padecimiento y olvida el llamado *Gefühl ansteckung*, la patología del contagio. Por olvidarlo, la psicopatología clínica se desinteresa de las dolencias sociales y se limita al análisis de las conductas individuales perversas y abandona la terapia del conjunto de la sociedad aquejada por los mismos motivos. Sin embargo, resulta, desde todo punto de vista, imposible la sa-

nación de los individuos cuando la sanación en las raíces de las sociedades y de las naciones enfermas parece misión imposible e inasumible.

3. *Toda sociedad padece, en distinto grado, malformaciones axiológicas.* Unas veces por no saber, otras por no querer, otras por no poder, etcétera, los supuestos reformadores sociales, es decir, las élites del Estado y de sus aparatos ideológicos, cuanto más reforman más deforman. Las instituciones incendian con sus conductas psico/sociopáticas todas y cada una de sus estructuras, empezando por las supuestamente encargadas de sanar. Desafortunadamente, maestros y terapeutas, avivan la quema con sus respectivas teas; la formación axiológica entre los profesionales de las ciencias de la salud es casi nula, de lo contrario no se escribiría que “la psicopatía supone que el individuo no tiene sentido de la moral, mientras que en la sociopatía el sujeto sí tiene sentido de la moral y una conciencia bien desarrollada, aunque su sentido del bien y del mal es particular”¹. ¡Qué barbaridad! ¡Una conciencia “bien desarrollada”, pero, al mismo tiempo, con un sentido del bien y del mal “particular”! ¿Acaso una conciencia bien desarrollada no es una conciencia que busca en lo universal lo particular, y no a la inversa?
4. *La ilusión de la diferencia.* Por su parte, los individuos, cuanto más inmunes se creen, tanto más critican y distorsionan. Cualquier ciudadano se cree sabio y bueno en su ínsula Barataria como Sancho Panza, o al

.....
¹ DSM-V.

menos así parecemos hacerlo creer y así pedimos ser enterrados con ese epitafio. Se trata de lo que podríamos denominar *solip-sismo asocial*, o *acosmismo autocéntrico*.

5. *Una misma matriz psico/sociopática.* Suele definirse a la psicopatía como una alteración de la personalidad individual caracterizada básicamente por el narcisismo, la impulsividad, el control, el deseo irrefrenable del poder, y la manipulación. Cuando el trastorno se extiende y repercute socialmente de forma violenta pasa a denominarse *sociopatía*. Sin embargo, ambas alteraciones no arraigan en dos matrices diferentes, sino en una misma (*esquizo/sociopatía*), dado el carácter a la vez individual y social de las realidades personales. Dicho esto, se comprenderá la banalidad de quienes defienden que la diferencia entre el psicópata y el sociópata es que “los psicópatas nacen y los sociópatas se hacen”.

6. *Las psicopatías se heredan de la familia, pero también de las sociedades.* Madres débiles, deprimidas o masoquistas, padres explosivos, inconsistentes o sádicos, alcohólicos, adictos, mudanzas frecuentes, pérdidas y rupturas familiares, generan una insuficiencia de identificaciones profundas e inconscientes, inicialmente con la primera figura parental, y finalmente, en la identificación arquetípica,

con la sociedad y la cultura dominante. Con frecuencia, la infancia de la gente antisocial está plagada de inseguridad y caos, mezcla de severa disciplina, sobre-indulgencia, y negligencia. Los niños que acaban desarrollando tendencias psicopáticas han sido frecuentemente consentidos en lo material, pero depravados en lo psicoemocional.

Se dice falsamente también que las primeras señales de sociopatía suelen empezar antes de los 15 años, cuando los adolescentes empiezan a actuar sin tener en cuenta las consecuencias negativas de sus actos y manifiestan conductas peligrosas y delictivas, relaciones abusivas, tendencia a mentir, manipular e intimidar a los demás, dificultades para socializar, irritabilidad, e impulsividad violentadora. Nada más falso:

todo eso empieza cuando el padre dice al niño a quien aguarda al otro lado del teléfono: “Dile que no estoy”. Nacemos en la mentira, mucho antes de los quince años.

“
...mejor
una vida
irreal
que una
mala vida
real.”

La sociedad impulsa al niño a fraguar sentimientos y fantasías de omnipotencia que se traducen en comportamientos antisociales, como si la vida no debiera ponerle barreras ni limitantes a sus arbitrariedades. Cuando en la sociedad faltan padres y maestros comprometidos y con carisma, la sociedad se convierte en una jungla. Hay arbolitos que nacen torcidos, y otros enhiestos y erguidos,

que se tuercen tras la acumulación de circunstancias negativas. En los seres humanos ocurre lo mismo y la sociedad, con sus fuertes tormentas de miserias, nos hace enfermar. Sería bueno conocer estadísticas sobre cuál es el porcentaje de nacidos sanos, es decir, sin psicopatías, cuya evolución les haya trastornado sociopáticamente, así como también, a la inversa, el de los nacidos genéticamente psicópatas pero corregidos de verdad (integrarse sin camuflarse) en los ambientes sociales y familiares.

7. *La carencia de empatía personal del psicópata explica la psicopsicopatía.* Una sociedad que centrifuga a los minusemáticos ¿Cómo podría lograr su inserción socioafectiva? ¿Cómo empatizar sin la capacidad de percibir lo que el otro siente, por ejemplo la alegría, y lo que el otro padece, por ejemplo la tristeza? ¿Cómo esperar empatía sin compasión y sin apoyo real, no meramente verbal? ¿Cómo entender el pensamiento ajeno, lo emocional cognitivo, desde universos conceptuales antitéticos? ¿Cómo asumir las dimensiones de riesgo de una alteridad problemática e incluso peligrosa para quien desea ayudar? Sin tener en cuenta todo eso el terapeuta no podrá afrontar la situación, con el riesgo de convertirse él mismo en un maestro de la pantomima, del encanto superficial, del verbalismo prestigioso y de las frases hechas propias de los toreadores de salón.
8. *¿Todos inocentes socialmente?* Suelen los manuales (demasiados y demasiado repetitivos) escandalizarse de la carencia del sentimiento de culpabilidad y de responsabilidad en los actos del psicópata, pero ¿acaso

en la sociedad actual hay alguien que se comporte como Zaqueo, un publicano muy rico y muy odiado por el pueblo como recaudador jefe de impuestos para los romanos en la importante ciudad de Jericó, cuyo nombre –Zaqueo- significaba además etimológicamente puro o inocente? “Habiendo entrado Jesús en Jericó, un varón llamado Zaqueo, que era jefe de los publicanos, y rico, procuraba ver quién era Jesús; pero no podía a causa de la multitud, pues era pequeño de estatura. Y corriendo subió a un árbol sicomoro para verle porque había de pasar por allí. Cuando Jesús llegó a aquel lugar, mirando hacia arriba, le vio, y le dijo: Zaqueo, date prisa, desciende, porque hoy es necesario que descanse yo en tu casa. Entonces él descendió aprisa, y le recibió gozoso. Al ver esto, todos murmuraban, diciendo que había entrado a descansar en la casa de un hombre pecador. Entonces Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y, si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado. Jesús le dijo: Hoy ha venido la salvación a esta casa, por cuanto él también es hijo de Abraham. Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido” (Lucas 19: 1-10). Zaqueo no es psicópata, yo sí lo soy porque hago lo contrario de Zaqueo.

9. *El relativismo.* Los manuales también repiten hasta la náusea que los psicópatas son incapaces de distinguir entre lo que está bien y lo que está mal, razón por la cual resultan infractores por naturaleza en tanto no sean descubiertos, aunque el miedo al castigo tampoco les impida intentar por todos los medios sus fechorías obsesivas.

Cierto, pero ¿cuántos malandros perversos no pasan por ejemplos de virtudes morales en la sociedad globalmente podrida? Y, sin embargo, esos malhechores ríen sardónicamente mientras envían a la cárcel o quitan impudicamente de en medio a sus víctimas, sin que nadie se dé por enterado y sin que nadie se escandalice.

10. La escasa tolerancia a la frustración del psico/sociópata es algo característico de las sociedades contemporáneas, con independencia de la psicología diferencial entre padres e hijos; la gente joven (de la que incluso se dice que está “sobradamente preparada”) se divierte salvajemente sin tomar las menores medidas profilácticas para evitar la contaminación del coronavirus, habiéndose llegado incluso en determinados países europeos a la rebelión y la agresión contra las autoridades públicas encargadas del mantenimiento del orden bajo el eslogan *somos jóvenes, necesitamos divertirnos*. Como si el fin justificara los medios: antes morir y contagiar que renunciar al sagrado y omnipotente derecho a la fiesta interminable. Un ciudadano puede ser brutalmente agredido por el simple hecho de recordar al infractor que debe ponerse la mascarilla en un lugar cerrado. Grabarlo, difundirlo en los circos mediáticos, y jactarse incluso de los asesinatos en manada, para acrecentar sus fantasías de omnipotencia, son el pan nuestro de cada día en las redes sociales.

11. *Colmar el vacío con más vacío: el vacío interminable*. Nuestra sociedad psico/sociopática tiene un mundo interno lleno de vacío, y depende de eventos exitosos externos y excitantes patogénicos para lograr



su autoestima, aunque sólo sea por la fama de un día. Para compensar la propia nulidad de ser, presume de sus engaños y de sus conquistas a fin de impresionar a los demás, mientras oculta delitos supuestamente “menores” (como el robo a la víctima). Se trata de una grandiosidad maligna ante la cual no deberían minimizarse las amenazas de un verdadero psicópata, porque eso mismo puede empujarle a demostrar su poderío destructivo. La calle está llena de víctimas.

12. *Autoindulgencia emocional lesiva*. Como los psicópatas también, esta sociedad minimiza la propia responsabilidad de sus acciones destructivas, que endosa a los demás, por ejemplo: a alguna obnubilación mental transitoria cuando, después del maltrato a la pareja, el maltratador asegura que sólo fue una riña en la que, durante unos pocos instantes, “perdí los nervios”, o incluso cuando se le sorprendió *in fraganti*, es decir, con las manos en la masa. Cuán frecuente es la engañosica en el paso de la tergiversación parcial a la amnesia total. De resultados de ello, el reconocimiento de la propia culpa y la subsiguiente reparación del daño causado brillan por su ausencia; hasta los creyentes pretendemos engañar al Dios bueno.

13. *El dominio, el poderío.* El cobarde se presenta como falso valiente. Con frecuencia, los procesos de degradación de las identidades afectivas y de una mala educación sentimental llevan a las personas, a las familias, a las instituciones políticas, y a la entera sociedad, a no reconocer ante los demás ciertas emociones positivas, por ejemplo, la ternura puesto que se asocian esos sentimientos y emociones con debilidad y vulnerabilidad. En suma, la honestidad misma es objeto de devaluación y desprecio en las sociedades psicopáticas, en las cuales *quien no transa no avanza*, según el mitema popular.

En la sociedad psicopática se llega a ejercer la violencia gratuita: algo nos atrae, luego a por ello, "la maté, porque era mía". Dado que el superyó sociopático refuerza la identidad del cobarde que se presenta como falso valiente, cabe esperar cualquier barbaridad en cualquier momento, lo cual incrementa la paranoia social. Por su parte el psicópata es capaz de cualquier enguamenismo para sentirse bueno (omnipotente) y no malo (débil). Los poderosos son admirados por las personas con rasgos predominantemente antisociales, declarados o no. Clanes, bandas, mafias, asociaciones de malhechores y de criminales no terminan donde el Estado comienza, resultando difícil buscar el lugar del delito fuera del delito. El trigo y la cizaña crecen juntos, sin que por el momento parezca haber llegado el buen segador que siembre radicales novatorios menos despreciables.

14. *La ceguera de quienes presumen ver.* Desde luego, no es mi pretensión negar la gravedad

de los padecimientos psico/sociopáticos, tan sólo quiero resaltar aquí la ceguera que tenemos las personas y las sociedades supuestamente dotadas de buena salud mental y moral, lo cual distorsiona cualquier posible sanación terapéutica cuando el yo encargado de sanar está tan insano e infectocontagioso como el de los infectados.

Me dice con toda razón mi maestro Francisco Cano esto: si el mundo no entiende tu sufrimiento, no te inquietes. Reconozco la verdad de esta afirmación, aunque demasiadas veces sea más potente en mí la crítica que la esperanza. Seguramente es un rasgo de psico/sociopatía de quien carece de fuerza sanadora.



II. ¿Espacios de libertad? los refugios psicóticos ante la crisis de sentido

1. *Las psicosis personales de las almas filobanales*. Dos advertencias previas muy necesarias. La primera es para recordar que lo que aquí paso a exponer no hará mella en el hacha de la persona banal, que ni siquiera sabe que es banal y que disfruta con su propia banalidad. Lo mismo le ocurre a las sociedades desfondadas y vaciadas de identidad antropológica relacional, donde la ética autocéntrica ha vencido sobre la ética de la gratuidad, según consigné, va para medio siglo, en mi libro *Contra Prometeo* (Díaz, 1980). La segunda advertencia es que, cuando esto ocurre, es decir, cuando las vigencias sociales se imponen ideológicamente, se toman como justas y necesarias, conforme a lo que Henri Bergson caracterizó como *sociologismo moral*: lo socialmente imperante deviene norma de moralidad. Si alguien no mordido en sus entrañas por los sufrimientos de la humanidad considera falsos o exagerados ambos prenotandos a los que acabo de referirme, encontrará demasiado descarnada y pesimista esta nuestra reflexión que ahora comienza.
2. “Hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, que todas las que pueda soñar tu filosofía” (Shakespeare, 2010, Acto I, escena V). El sujeto psicótico huye de algo, de alguna realidad que pudo ser demasiado aterradora y dolorosa para él en el pasado o en el presente, y que le atenaza día y noche. Ello se traduce básicamente en desorganización del pensamiento y del lenguaje,

en delirios de irrealidad, en alucinaciones, e incluso en episodios de paranoia. Faltándole la conexión con alguna persona capaz de leer sus necesidades y de ayudarlo a estructurarse psíquicamente, el sujeto carece de unidad, de significado y, por lo tanto, del poder simbolizador de la razón. Por eso piensa únicamente en el plano de las concreciones, sin poder dar significado a los significantes, y sin poder sublimarlos.

Y, porque no pudo hacer nada interesante con su propia vida cuyo pasado le persigue en el presente, y quiere salir de ellos, el psicótico se fabrica autopoyéticamente su propia psicosis. De este modo, su vida se convierte en vida psicótica, una compensación que la vida falsa ofrece a la vida verdadera, como ocurre con cualquier padecimiento mental. Cualquier sufrimiento o pérdida de cordura conlleva siempre, al menos, esa función de beneficio secundario: mejor una vida irreal que una mala vida real. Es una prueba de que siempre buscamos la felicidad, aunque sea por caminos inadecuados y agarrándonos a un clavo ardiendo. En este sentido, Shakespeare parece estar retratando al psicótico cuando escribe lo siguiente: “La vida es una historia contada por un idiota, una historia llena de estruendo y furia, que nada significa” (Shakespeare, 2011, Acto V, escena VI).

3. *Absurdus: sordo de oído*. Para defenderse de este sufrimiento, el psicótico construye un

castillo del que le cuesta y desagrada salir, un dique de incomunicación, especialmente en forma de sordera psíquica, eliminando según puede el sentido profundo a los mensajes ajenos, como ya hemos dicho, y dejándolos en un plano asinérgico, superficial, trivial, literal. El psicópata emite en una longitud de onda en la que no es recibido, con lo cual se incomunica, se aísla, se vuelve sordo, y por eso mismo tanto su propia vida como las vidas ajenas le resultan absurdas.

El psicópata puede comprender intelectualmente, y por tanto definir el concepto de empatía, o de solidaridad; sin embargo, representaría para él un reto difícilísimo conectar emocionalmente con el contenido semántico de ese concepto en la medida en que puede acarrearle problemas y, por lo mismo, tendría dificultades para resonar emocionalmente con otro ser humano. En este sentido limita con el autismo, es decir, con el exceso de *autós*, de sí mismo. Se trata de una vida vivida con sordina, pero sin melancolía por lo bueno rescatable del ayer, y sin ironía deconstructiva, y esto por carencia de fuerza para derruir lo ingrato del pasado: no es que trate de hacerse el sordo, sino de serlo realmente, de haber logrado la impermeabilidad de lo sordo absurdo (*ab-surdus*). De este modo, sepultado en vida,

se ha echado encima una pesada losa para evitar salir de su sepulcro. Las psicosis son, en consecuencia, un mecanismo de defensa para hacer que la realidad no tenga sentido construyendo una protección de la que no se desea salir, *my home is my castle*, o *my castle is my home*.

4. *El grito*. A pesar de ello, en semejantes condiciones no resulta posible crear ambientes completamente seguros, ni siquiera gracias a la reclusión dentro del propio bunker,

pues lo que el psicótico teme angustiosamente es el retorno de lo reprimido, algo que su ego no pudo manejar y que un día le llenó de angustia, cuya posible recidiva teme más que a nada en el mundo, y que nunca se sabe en qué momento va a regresar arrebatando la paz y la calma que se había conseguido después de tantas y tantas precauciones. No hay psicosis sin obsesión. El muerto estaba mal enterrado, y entonces la puerca lavada vuelve al vómito, es decir, al círculo de lo obsesivo insoportable. Su imagen más gráfica sería el lienzo de Munch *El grito*, del cual escribe: "Paseaba por un sendero con dos amigos; el sol se puso. De repente, el cielo se tiñó de rojo sangre, me detuve y me apoyé en una valla muerto de cansancio: sangre y lenguas de fuego acechaban sobre el azul oscuro del fiordo y de la ciudad. Mis amigos continua-

“
...Cuando
las cosas
nos van bien,
diástole
(instinto
de procreación);
cuando
van peor,
sístole
(instinto
de conservación).
”

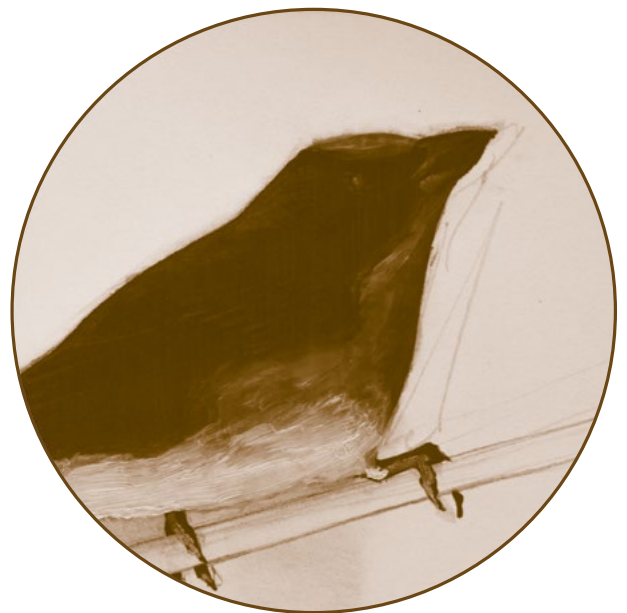
ron y yo me quedé quieto, temblando de ansiedad. Sentí un grito infinito que atravesaba la naturaleza” (Tagebuch, 1964). Esto ocurrió, según su autor, de repente.

5. *Desinterés.* Pero el grito del psicópata no es aparatoso, no estalla en un alarido hacia el exterior y que se aliviara por gritoterapia como pensó Arthur Janov; es un grito implorativo que no se desfoga y cuyo eco retumba y ensordece aún más reventando los tímpanos. Cuando el psicópata comienza a estar solo, y no solo a estarlo, sino a sentirlo, a sentirse solo, flota cual fantasma en un mundo que se le ha vuelto cada vez más extraño y que a él ya no le interesa compartir, ni siquiera conocer. Los demás están, pero no son, no alcanzan la condición de tú verdaderos. Y los que tuvieron que estar cuando debieron no han llegado. Pero los que han llegado llegan tarde, ya para ellos no estoy.

Todo esto conlleva una ruptura casi permanente con la realidad pasando el psicópata a un estado de desintegración, de vacío, de confusión y desorganización importante, razón por la cual el mundo exterior y ajeno se le vuelve peligroso, de ahí que no se sienta capaz de salir de su mundo interno, ni de explorar más allá de su sí mismo con un interés relacional (*interés sin inter/esse* de Martin Buber (2017), o sea, como ético *des/inter/esse*) (Díaz, 2017). Así que decir tú puede llegar a convertirse para él en un posible contra mí. Si, por lo general, en todo padecimiento mental falta lo que denominó Pedro Salinas la “alegría de los pronombres” (Salinas, 2010, versos 494-521), en la psicosis también desaparece la alegría del yo, con el resultado subsiguiente de un sufrimiento insoportable.

En resumen, la psicopatía se origina como el resultado de la ausencia de algo bueno que debió suceder en un momento del desarrollo, en el que, sin embargo, no llegó a suceder, y por cuya ausencia de bien debido se exagera la voluntad de vivir. Este sentimiento, como también hemos dicho, acontece incluso cuando el bien esperado llega, pero llega tarde, o cuando la señal es débil y anacrónica.

6. *La amarga ironía de los espacios de libertad.* Sería cuestionable que alguien pudiera decir con precisión hasta qué punto es feliz o infeliz, pues, mientras se tiene control por la palabra que define y delimita lo feliz y lo infeliz, se lo limita. Cuando el sufrimiento o la alegría son indecibles, es cuando uno ya no sabe cómo definirlos, pues carece de palabras para expresar tales magnitudes. Por ese motivo, el psicópata es un enfermo tan grave que no controla la capacidad de decir su propia gravedad de ser y, cuando habla, habla por no callar y sus claves resultan sumamente crípticas para el terapeuta.



No todas las psicosis son iguales en su virulencia mórbida, claro está, pero recomendar al psicótico que comparta espacios de libertad con quienes considera sus encarceladores resultaría para él una amarga ironía. De modo que sólo queda al psicópata la asunción catártica de su situación de prisionero, respirar lo más profundamente que pueda, y someterse a la quimioterapia anti/ansiolítica. Eso será su vida normal cuando lo anormal se convierte en norma.

7. *De la sinergia a la anorexia.* Pero, junto a esta psicopatía individual profunda, existe también en todas las comunidades, del signo que fueren, psicopatías sociales más o menos llevaderas, pero muy reales entre quienes se sienten mal porque han ido dejando de compartir casi todos los mitologemas dominantes, políticos, religiosos, culturales, festivos, sociales, o populares, hasta el punto de llegar a resultarles asfixiante y desafecto el género humano (*exceptis excipiendis*), al que ya no se sienten apenas pertenecientes, resultando que, cuanto más conoce a los seres humanos, más les gusta su perro, ahora su único amigo, con el cual mantienen relaciones de codependencia. El hombre social que ayer fuera un crack, un líder, un fundador, un animador de proyectos, hace él mismo crack, pero ahora en el sentido autodestructivo, y a partir de ahí renuncia a mejores emprendimientos compartidos con los demás y abandona la esperanza de reforma del mundo que ha perdido capacidad sinérgica en lo que se refiere a posibles energías comunitarias. Degenerada la sinergia en anorexia, su ilusión se ha ido apagando aunque conserve las energías mínimas para sobrevivir entre los restos del naufragio.



Ahora bien, como -por su parte- los demás ya tampoco reconocen su pensamiento, ni su magisterio, ni su espiritualidad, ni les interesa su producción cultural, se jubila sin júbilo, echa el cierre de la persiana metálica y se sienta a la puerta de su casa a ver pasar los cadáveres. Del mismo modo que él ya no da crédito a lo que ocurre en los demás, tampoco los demás dan crédito a su existencia menguada, que se va extinguiendo como la de Bartleby el escribiente. Convertido en un viejo al que nadie va a visitar (viejo es quien carece de visitas, de llamadas por teléfono, etc.) se convierte en un estorbo, y si la cosa se pone mal en candidato a la eutanasia. Esta gente auto/marginada-hetero/marginada o, si se prefiere genéricamente según su origen, *hetero/auto/marginada*, siente en su corazón reseco que el personalismo comunitario ya no existe en este mundo en líneas generales, y entonces pierde la esperanza en los macrorrelatos anteriores, la fe en su realización y el amor para su promoción combativa, militante.

8. *Los espacios "libres"*. Nada de eso impide que los no tan deprimidos socialmente se salven como puedan en torno al brasero de la mesa camilla, a la partida de cartas, al chismorreo de los poetas muertos, al cultivo del jardín, a los *hobbys*, a sacar a pasear a los nietos, y a tantas formas de vida mínima, añosa, reseca, a que se ha llegado después de tanto afán y que son el último respiradero. Cuando las cosas nos van bien, diástole (instinto de procreación); cuando van peor, sístole (instinto de conservación). Es ley de vida que en ambos casos se esfuerza por ampliar el efecto felicitario (efecto "progreso"), y, cuando las cosas van mal, también se pisa el acelerador, sólo que en sentido contrario (efecto retrogradación): los individuos que cada vez se sienten más contrariados van aflojando la intensidad de su apuesta y de su lucha y rebobinando su caña de pescar con sus correspondientes anzuelos. La realidad es así de dialéctica, y pocos se crecen en la adversidad, corriente arriba. ¿Lo universal? ¿De qué me está usted hablando? No viene en mi diccionario.

9. *Cansalmas*. Con frecuencia, quien todavía se siente con fuerza para poner de manifiesto todas estas cosas suele ser tachado de *Cansalmas*, e incluso termina produciendo una reacción aversiva entre quienes se sienten aludidos, porque su herida narcisista no les permite reconocerse en la noche de los muertos vivientes en la que parecen haber entrado. Se trata, en última determinación, de un claro ejemplo de resentimiento, del que ya hablara con precisión Max Scheler, y que en el presente caso adquiriría el siguiente formato: como ya no compartimos su "pesimismo" que nos arrastraría, carga-



mos contra él porque es una auténtica ave de mal agüero, y de este modo, declarando nuestro desafecto al líder o lideresa ayer amado, recuperamos nuestra verdadera identidad de burgueses. Esa gente resentida no conoce la verdad, ni admite el perdón, ni sabe lo que es un corazón arrepentido, al que han sustituido por una coraza, pasando de tal suerte de la condición de alma bella a las de corazón endurecido.

10. *No está el horno para los bollos del poeta*. Por su parte, los profetas caídos en desgracia ante los demás, y quemada su propia capacidad ante sí mismos, dicen sin resentimiento: "No soy profeta, ni soy hijo de profeta" (Amós 7: 14), pero aun así obedecen a Yahvé cuando éste les dice: "Ve y profetiza a mi pueblo Israel" (Amós 7: 15). Como Amós, los profetas afrontan el *burn out* de su durísimo oficio y caen rendidos de cansancio ante un sicomoro por predicar lo imposible, como le ocurre a Jonás, sin edulcoramiento ni blandenguería, ni vaciamiento diplomático del mensaje exigente que se les ha encomendado proferir en toda su dureza por sus propios labios asombrados, asumiendo incluso el martirio, si llega, como les ocurre

a los profetas mártires del estilo de Juan el Bautista, Nada hay más frágil que profetizar contra los poderes (de la naturaleza que fueren), pues la cabeza del Bautista casi nunca termina sobre sus propios hombros, sino sobre una bandeja de plata, sin reclirse en su propio caparazón, ni caminar hacia atrás al modo del cangrejo.

11. *Y los poetas, ¿qué cantan los poetas de ahora? Pero profetas en las adversidades van quedando pocos en un mundo psico-sociópata y deprimido, como tampoco van quedando poetas: “¿Qué cantan los poetas andaluces de ahora? ¿Qué miran los poetas andaluces de ahora? ¿Qué sienten los poetas andaluces de ahora? Cantan con voz de hombre, ¿pero dónde los hombres? Con ojos de hombre miran, ¿pero dónde los hombres?*

Con pecho de hombre sienten, ¿pero dónde los hombres? Cantan, y cuando cantan parece que están solos. Miran, y cuando miran parece que están solos. Sienten, y cuando sienten parecen que están solos. ¿Es que ya Andalucía se ha quedado sin nadie? ¿Es que acaso en los montes andaluces no hay nadie? ¿Es que en los mares y campos andaluces no hay nadie? ¿No habrá ya quien responda a la voz del poeta? ¿Quién mire al corazón sin muros del poeta? ¡Tantas cosas han muerto, que no hay más que el poeta! ¡Cantad alto! Oiréis que oyen otros oídos. ¡Mirad alto! Veréis que miran otros ojos. ¡Latid alto! Sabréis que palpita otra sangre. No es más hondo el poeta en su oscuro subsuelo, encerrado. Su canto asciende a más profundo cuando, abierto en el aire, ya es de todos los hombres” (Alberti, 1967).

En estas circunstancias, cada vez que se me ocurre citar estos versos de Rafael Alberti ¿cuál es la respuesta que recibo por lo general del público? Pues esta respuesta: que quienes se encuentran cada vez más decepcionados, aburridos, y hasta desesperados por el tipo de civilización y de cultura banales dominantes, quienes aceptan desfondados todo lo que sirve de estímulo social y de refuerzo positivo dominante a las masas a través de la prensa, la escuela, el Estado, y otros aparatos ideológicos, se encaminan hacia las vigencias hedonistas, consumistas, relativistas, que les incomoda e irrita. Pero como su fuero interior este posicionamiento les censura en su fondo endotímico, recurren a argumentos tan desvaídos y deshinchados como el siguiente. “De ninguna manera, hay mucha gente por ahí que sigue trabajando por la humanidad y con perspectiva de humanismo”. Con qué poco se conforman para mantener su propia inepticia, se contenta con las campanas que han oído saber sin saber dónde mientras se apoltronan delante del televisor o de cualquier otro subrogado. Hablan por voz de ganso y se convierten en ventrílocuos. Que trabajen los otros, pues yo me merezco mi dorada jubilación, es decir, mi aurea mediocritas. Por lo demás, ¿para qué querrán que otros que no son ellos mantengan tensos los vientos de la tienda de campaña, si ellos mismos procuran dormir a pierna suelta en los hoteles *Insero* de la seguridad social? ¿Qué cantan, en definitiva, estas personas? Cantan a la luna como grillos en coro, pero son grillos con grilletes, que con poco se han conformado y en nada se han confirmado. Son, en cierto modo, aquellos que poco a poco, con su banalidad mo-

derada, han ido poniendo grilletes en los desventurados centrifugados.

12. *Los hobbitis, o los hobbit.* Las respuestas lúdicas a cuanto venimos diciendo son muy variadas, como no podía ser de otro modo, pero el *homo sapiens* de ayer, que hoy es un homo reductor como los jíbaros por su afición a disminuir el tamaño de las cabezas pensantes son, como los hobbits, una raza ficticia de seres antropomorfos, es decir, de antropomorfoides, pues ya no buscarán lo que no es noticia (lo no noto, lo ignoto) orientando sus telescopios hacia las galaxias más lejanas: se evadirán para no deprimirse, pero se deprimirán por evadirse en su *splendid isolation* electrónica. De este modo la calle no es el lugar del encuentro, sino el de encuentro con la maquineta.

Cuando el bien, pese a ocupar la cima de la escala axiológica, carece de fuerza ejecutiva sin profetas que los activen personal e institucionalmente, nada hay con más pregnante fuerza ejecutiva que los valores más bajos y preconventionales. La persona ecológicamente banal preferirá un buen chuletón de carne, pero la persona ecológicamente responsable abogará por la reducción del consumo cárnico en beneficio de la salud planetaria. Al banal no le dicen nada las reflexiones serias, como tampoco las instituciones banales; su insolidaridad antropológica, su vuelta al salvajismo y a la barbarie del botellón, o al contagio desenfrenado de los virus de muerte en fiestas amorfas y alcoholizadas constituyen el afán de sus biografías.

La banalización que, para esas masas, raya en la euforia, es lo que ayuda a la depresión de los hartos de esa civilización con-

sumista, positivista y pragmática, banal, en definitiva. Las gentes banales juegan a la ruleta rusa con sus propias vidas, es su derecho, aunque no su deber, pero lo peor es que juegan a la ruleta rusa al mismo tiempo con las vidas de los demás, que no les pertenecen. Y de nuevo la paradoja salta a la palestra: para el filobanal lo peor es tan bueno como lo mejor, mientras que para la persona cultivada bueno y malo dan sentido o contrasentido a lo real. Dicho de otra manera: la alegría del banal es lo que causa la tristeza del no-banal.

13. *¿Resulta imposible, en estas circunstancias, alcanzar algún acuerdo común beneficioso para la humanidad?* Ciertamente, resulta imposible en absoluto, ya que también los países padecen el mismo mal que los ciudadanos, a saber, la banalidad y la carencia de interés por el bien común propio y por el de los países ajenos al propio; mejor dicho, no sólo la carencia de interés en los demás, sino su enorme interés en desposeerles de la felicidad que les es debida robándoles cuanto pueden. Pero entonces, ¿resultará imposible colmar ese vacío con una tierra firme donde podamos cultivar el mismo jardín, el jardín de toda la humanidad con sus parcelas diferenciadas. ¿Habrà un día en el que todos, al levantar la vista, veamos un mañana que ponga libertad? Lo hemos propuesto por nuestra parte de forma personalista y comunitaria tantas veces y con tantos argumentos, pero al mismo tiempo con tan poco éxito, que, a la vista de las circunstancias, en mi modesta opinión sólo un Dios podría salvarlos, y no cualquier dios, sino un Dios que estuviera interesado en los seres humanos más de lo que lo están ellos en sí mismos y en los demás.

Ahora bien, ¿merecen los seres humanos un Dios tal? Yo, desde luego, si fuera Dios, al día siguiente de la creación me habría cansado de los seres humanos en general y premiaría a los buenos, con independencia de que la felicidad necesite o no recompensas ajenas. Sobre todo, cuando parece que los malos son premiados y los buenos castigados. El problema es si hay algún justo bueno sobre la faz de la Tierra, y si acaso no somos todos demasiado injustos, demasiado malos, demasiado maleados, demasiado maleantes, o tan mezclados que resulta difícil tomar partido por unos más que por otros.

Aunque lo mejor sería, obviamente, el premio de todos sin castigo alguno por la inexistencia de ningún malo. Seguramente es que no soy lo suficientemente bueno como para ser un Dios bueno. Así que, a la vista del marchamo de la historia en las manos del hombre, ¿por qué cerrarse a la salvación que el buen Dios ofrece, a pesar de su ininteligibilidad para los hombres, y para mí mismo? ¿Por qué tanta teofobia? Evidentemente, estamos rozando la teodicea, es decir, el problema del mal en el mundo con estas últimas consideraciones.

Y en esa dimensión me aferro a la idea de que exista un Dios cuya naturaleza consista en amarnos desde siempre y para siempre, de tal modo que al final puedan reconocerse en cualquier ser humano más cosas dignas de admiración que de desprecio.

Referencias

- Alberti, R. (1967). *¿Qué cantan los poetas andaluces de ahora?* Madrid: Castalia.
- Buber, M. (2017). *Yo y tú*. Barcelona: Herder.
- Díaz, C. (1980). *Contra Prometeo*. Milano: Editoriale Jaca Book.
- Díaz, C. (2017). *Grundzüge der Logotherapie*. München: Kadmos Verlag.
- Munch, E. (1964). *Tagebuch*. Frankfurt: Die Sonne Verlag.
- Salinas, P. (2010). *La voz a ti debida*. Madrid: Castalia.
- Shakespeare, W. (2010). *Hamlet*. Barcelona: Espasa.
- Shakespeare, W. (2011). *Macbeth*. Barcelona: Espasa.

